

julio 1972 -

"Aqua pasceat"

PARA LA PRESENTACIÓN DE LA TESIS (1)

Para tratar de justificar el carácter un tanto híbrido y heterodoxo de esta tesis doctoral, pido, ante todo, permiso para decir unas palabras acerca de mi trayectoria universitaria.

Licenciada en Filología Románica por la Universidad de Salamanca, en un tiempo en que las orlas de fin de carrera, exhibidas en el escaparate de una pañería de la Plaza Mayor, no contenían arriba de ocho o diez retratos de licenciados, llegué a Madrid el año 1949, es decir hace veintitrés, con el entusiasmo de ^{quien} trae un buen expediente, abandona su casa por vez primera y cree ingenuamente que las reservas de sosiego atesoradas a orillas del Tormes son salvoconducto valedero para entablar contactos con las gentes de cualquier otra Universidad. Venía dispuesta a preparar el Doctorado, cuyas asignaturas entonces no se podían aprobar en provincias, el mismo Doctorado que solamente hoy estoy llevando a término, movida por un afán de coherencia que me atrevo a invocar ante este Tribunal como atenuante para los muchos defectos que, desde un punto de vista académico, tendrá sin duda este estudio sobre el amor en el siglo XVIII.

Siempre me ha preocupado mucho el tratamiento literario del amor, es decir los cánones fijados por la literatura que marcan el comportamiento amoroso en una época determinada de la historia; y la prueba está en que también el tema de mi primera tesis frustrada del año 49 había sido elegido en nombre de esas preferencias. Se trataba, en aquella ocasión, de analizar el lenguaje del amor y de la ausencia en los cancioneros galaico-portugueses, a cuyo estudio me había aficionado una beca que tuve en Coimbra. Mi ponente en Madrid para aquel empeño fue don Armando Cotarelo, que en paz descansa; y debo decir que le deseo el descanso sin la menor sombra de remordimiento ni de deseo expiatorio, porque conmigo bien poco se cansó. Se limitó a recibirme un par de veces en el Consejo de Investigaciones Científicas, totalmente distraído y sin prestarme el mínimo de atención indispensable no ya para darme alientos sino para no quitarme los que tenía. Acostumbrada como venía yo de mi ciudad a la colaboración directa y cordial con los profesores, a la resolución conjunta de todas las dudas y problemas, la vida académica de aquí se me hizo progresivamente inhóspita, y me fui desviando hacia las tertulias de café o de taberna, arropada por un grupo de amigos, todos malos estudiantes pero buenos escritores, al que acabé perteneciendo por entero. El proceso culminó con mi matrimonio con uno de ellos en 1953 y con la concesión del premio café Gijón en el 54 a mi novela corta "El balneario". Los estudios universitarios, con toda su secuela de proyectos, se habían borrado totalmente de mi horizonte.

Hoy reaparezco en la Universidad por vías menos oficiales y más azarosas. Desde 1962, me he venido dedicando con ahinco a estudiar Historia,

particularmente del siglo XVIII, por ver de remediar mis grandes lagunas de incultura al respecto. Fue una decisión totalmente espontánea, desvinculada de cualquier proyecto ulterior, y a la que me entregué con una tenacidad y fervor más propios de autodidacto que de universitario. Nunca como entonces, que nadie me lo mandaba hacer, había estudiado tanto ni con tanta gana. Renové mi carnet del Ateneo, y casi todas las noches durante muchos años he estado yendo a leer libros allí, cuando ya dejaba mi casa sosegada y a mi hija durmiendo, hasta la una en que cierran la Biblioteca de tan venerable casa. Así, en una de aquellas lecturas nocturnas, me vine a topar con el primer personaje de carne y hueso que ha aparecido en mis escritos, don Melchor de Macanaz, cuyas contradicciones y desgracias me encendieron una curiosidad que nunca había conocido, me metieron en archivos y en viajes al extranjero y me apartaron de cualquier otro quehacer intelectual que no fuera el de seguirle el rastro. Cuando, tras cinco años de pesquisas, logré entender un poco las complejidades del proceso inquisitorial que arruinó su vida y, aún a riesgo de parecer un aficionado insolente, publiqué mi libro "El proceso de Macanaz", ya me di cuenta de la transformación irreversible que se había operado en mi oficio, alterando y condicionando la forma de abordar en adelante cualquier tema que pudiera llamar mi atención. La relación del pasado con el presente, de las historias inventadas con las verdaderas, del lenguaje estereotipado con el que pugna por indicar las angustias y necesidades del individuo, de los comportamientos privados con los públicos eran evidencias inseparables ya de mi capacidad de reflexión y contemplación, y que, al invalidar para siempre mi posibilidad de enfocar cualquier asunto desde un punto de vista deslindado y unívoco, trastornaban mis esquemas de orden anteriores. Después de haberse internado durante años por el caos lingüístico, anecdótico y psicológico del viejo Macanaz, pieza, a su vez, del complicado puzzle social e histórico de principios del siglo XVIII, ¿quien iba a declararse filólogo, novelista o historiador sino, en todo caso, una mezcla desbarajustada de las tres cosas?

De este asalto conjunto a mi interés por la triple vía de lo histórico, lo lingüístico y lo literario se resiente en gran medida el presente trabajo, del que ya es hora de hablar un poco.

Hace cinco años, y con motivo de la atención que había venido dedicando al siglo XVIII, me enteré -y tomé nota de ello- de que, a mediados de esa centuria, florecía en España con el nombre de "cortejo" una moda, al parecer importada del extranjero, que hacía furor entre las damas de la alta sociedad. Se trataba, en sustancia, de lo siguiente: Las señoras casadas, que hasta finales del siglo precedente habían aceptado o fingido aceptar sin apenas asomos de rebeldía el código del honor matrimonial que enorgullecía al país, podían ahora tener un amigo cuya función era la de asistir a su tocador, darles consejos de belleza, acompañarlas

al teatro y a la iglesia, traerles regalos y conversar con ellas, es decir hacerles caso. Los maridos se dividían en dos claros sectores: los que admitían la moda del cortejo más o menos a regañadientes y los que, apoyados por la opinión mayoritaria de moralistas y predicadores, no pasaban por ella. La primera actitud se consideraba de buen tono, la segunda anticuada.

El descubrimiento de esta modalidad de relación amorosa, que he estudiado sobre todo a lo largo de los reinados de Carlos III y Carlos IV, me interesó primordialmente como fenómeno social, o sea por las repercusiones que pudiera haber tenido entre los ministros ilustrados, el clero y el pueblo, y en nombre de ese interés inicial ~~empecé~~ empecé mi investigación. Pero comoquiera que el estudio de tales repercusiones me pusiera enseguida de manifiesto la escisión en dos bandos de la opinión pública, agrupando a los "tradicionales" frente a los "modernos", empecé a darme cuenta de las importantes huellas que tal escisión había dejado en el lenguaje de la época. Y me pareció muy interesante aprovechar el campo semántico aglutinado en torno a la revolucionaria costumbre del cortejo, para rastrear una serie de palabras clave que dieran fe de esta polarización ~~en~~ dieciochesca de la mentalidad ^{española} ~~en~~ en posturas progresivamente irreconciliables. El estudio de estas innovaciones lingüísticas en el lenguaje amoroso del dieciocho, ^{enfrentadas} ~~opuestas~~ a las expresiones ^{amorosas} tradicionalmente aceptadas sin discusión, me estimuló, de paso, a la tentación de presentar este trabajo como tesis de Filología Románica, aplacando así aquella vieja insatisfacción del año 49, que a veces me incomodaba un poco, por lo dada que soy a terminar las cosas que empiezo.

Ahora bien, por otra parte, creo que se percibirá sobradamente en este estudio que todo el material, tanto el tomado de historias particulares ~~de la época~~ como de ~~la~~ ficción, lo he seleccionado y ordenado -aunque quizá sería mejor decir desordenado- con arreglo a criterios y preferencias de tipo claramente literario; pero es que yo ~~no~~ lo puedo remediar. Cada uno tiene su forma de contar las cosas. >

Y para acabar confesaré la existencia de otro estímulo, éste totalmente subterráneo e imperceptible para el lector, pero que ha operado ~~en~~ como levadura continua para la prosecución de mi trabajo. Antes de encontrarme con este argumento del cortejo y de dejarme prender por las incógnitas que me han espoleado a estudiarlo, ya hacía mucho que me venía dando que pensar el hecho de que la mayoría de las mujeres, tanto las de carne y hueso como las de ficción (modeladoras muchas veces de las de carne y hueso) necesiten con una ~~particular~~ tan peculiar vehemencia ajustar su comportamiento a patrones refrendados por la opinión vigente, sea ésta mayoritaria o minoritaria. Y esto es importante. Si antes de conocer la existencia de los usos galantes dieciochescos, no hubiera estado previamente preocupada por la suerte de las mujeres, educadas en el

tira y afloja del darse a valer y gustar como mera mercancía, si no hubiera pensado tanto en su esclavitud a los modelos que se les proponen, no siempre coincidentes ni mucho menos con sus ansias de vida y realización, me habría limitado a reparar en el fenómeno del cortejo con los ojos asépticos de los especialistas en anotar pasado. No quiere esto decir que me haya salido de ese pasado. He centrado el núcleo de mi investigación en la literatura, prensa periódica, sermones y papeles de archivo correspondientes al siglo XVIII, y solamente cuando me ha parecido que venía a cuento - a mi cuento- he rastreado los antecedentes de la cuestión en la literatura de siglos anteriores, ^{<pero} sin hacer nunca alusiones a los aspectos que actualmente hayan venido a presentar situaciones galantes más o menos comparables. ~~Lo~~ ^{Lo} que quiero decir es que el tema me ha interesado sobre todo como posible tramo de un proceso que está sin estudiar: el del enfrentamiento de las mujeres con las consignas amorosas que les impone la época que les ha tocado vivir. Y que nunca he olvidado -porque además nada de lo que bulle en torno me consentiría ese olvido- las fricciones actuales de tal proceso, sus logros, fluctuaciones y debates, sus callejones sin salida. Ni, por supuesto, el lugar desde el que yo misma, con los piés aquí y los ojos en esos papeles de antaño, a ratos de espectadora y a ratos en la brega, he venido tratando de mantener la mente a salvo e intentando desenmarañar algún cabo de hilo para unir, a través del contradictorio siglo XIX, los vicios del cortejo con las falacias y tergiversaciones que anidan en la raíz de muchas relaciones extramatrimoniales padecidas por mujeres de hoy.

Creo, con todo, que el cortejo, a pesar de que era una moda ~~una~~ convencional y pueril en extremo, supone, por cuanto aglutinó en su torno, una importante revolución en las costumbres femeninas españolas, significa la semilla de un primer conato explícito de malestar matrimonial y da lugar, por vez primera, a través de las polémicas que desencadenó, a una relativa toma de conciencia, aún cuando muy minoritaria, con respecto a posibles reivindicaciones de la mujer en la sociedad.

el presente
 Y con ~~esta~~ exordio, que ya ha sido demasiado largo, espero haber merecido la benevolencia de este Tribunal para con el ritmo no precisamente monocorde de este trabajo, sus quebraduras internas y mis frecuentes escapadas por los cerros de Úbeda. Pero algunas veces solamente de excursión por Úbeda y sus cerros, se encuentra, a través de la confusión, algún cabo de coherencia y de orden. Desearía muy de veras que ése hubiera sido mi caso.

Madrid, 11 de junio de 1972.

Carmen M. Laité